

EDITORIAL

ACTIVIDADES INTERAMERICANAS EN LOS ESTADOS UNIDOS

Nuestras relaciones musicales con el norte de América han estado orientadas tradicionalmente hacia el Este, hacia la región que fue origen y núcleo fundamental de los Estados Unidos. Contactos hubo con el centro de la Unión, con el Medio-Oeste, pero fueron sólo efímeras tentativas, tan poco continuadas como lo que pudimos enhebrar con ese verdadero otro país que es California, semejante a nosotros no sólo en la geografía del Pacífico, en el aire diáfano, en las montañas nevadas, sino que también en el espíritu de sus gentes. Este panorama unidireccional ha cambiado; así pudimos verlo quienes desde los países situados al sur del Río Grande concurrimos a las variadas reuniones que se acaban de efectuar en Bloomington, sede de la Universidad de Indiana y luego en una relación directa a través del CIDEM, al III Festival Interamericano de Música realizado en Washington. Si este último, constituyó una versión un tanto mejorada de los anteriores, lo que se realizó en Indiana fue, de verdad, original y de gran significado, no sólo en sí mismo, sino que en lo que puede entreverse como consecuencias futuras para un leal y bien entendido acercamiento musical entre los dos conglomerados continentales, el anglo-sajón del norte y el que se denomina latinoamericano en el sur.

Indiana es un Estado típico de la Unión del norte; nada hay más auténtico que su fisonomía agrícola, sus grandes industrias, sus praderas alejadas de todo mar, aún de los grandes lagos; es el corazón mismo del continente y como tal se aparta del cosmopolitismo marítimo, marca diferencias profundas con nosotros y, por eso mismo, permite establecer contactos en los que individuos muy diversos, reconociéndose americanos ambos, pueden pactar relaciones que estén por sobre todo propósito de hegemonía o de sumisión interesada. El "hoosier", el habitante de Indiana, es hospitalario como la gente de campo y, a la vez, práctico y preciso como corresponde a una región que se hizo con gran esfuerzo del hombre. En ese ambiente nos reunimos un grupo nutrido de compositores de este hemisferio junto a musicólogos ("etnomusicólogos" se llamaban para acentuar su preocupación científica más amplia, que la de la musicología tradicional centrada en la Historia de la Música europea). Tuvo también lugar, allí mismo, la IV Asamblea General del Consejo Interamericano de Música (CIDEM), organismo fundado hace 10 años a la vera de la Unión Panamericana con el propósito de trabajar por el acercamiento musical del mundo americano. Se sumó a todo lo anterior el III Festival de Primavera dedicado a la música de América (de "las Américas", como allá se dice no muy a nuestro gusto), que viene organizando el Centro Latinoamericano de Música de la Universidad de Indiana a cargo de nuestro compatriota, el compositor Juan Orrego Salas. Todo esto, realizado en Bloomington entre el 24 y el 30 de abril y, luego, del 7 al 12 de mayo, en Washington, constituye un impresionante conjunto de actividades que me-

recerían extensos comentarios. Las posibilidades limitadas del presente editorial no nos permitirán, sino reseñar aspectos generales salientes.

Primeramente, nos referiremos a Bloomington. Esta pequeña ciudad relativamente cercana a Indianápolis, es hoy día, con toda certeza, uno de los centros musicales de mayor importancia en el mundo. Su Departamento de Música (School of Music), a cargo de un hombre de extraordinaria eficiencia, el Decano Dr. Wilfred Bain, se ha desarrollado en forma tan espectacular que, tal vez, sea en la actualidad, una de las escuelas más concurridas que existen, no sólo porque enseña y difunde la música entre los estudiantes de la Universidad de Indiana (que suman sobre 22.000), sino que por la enorme matrícula que posee, destinada a las profesiones musicales mismas. Los grados doctorales que otorga cubren todos los campos, porque esta Universidad ha logrado una integración ejemplar entre las carreras, diríamos prácticas de la música, (intérpretes de todo género, profesores y compositores), con las altas disciplinas musicológicas y científicas. El nivel de los intérpretes, que pudimos apreciar en los conciertos, es de tal altura, que uno piensa al escucharlos en maestros consumados y no en alumnos. Ni la célebre Juilliard School of Music, de Nueva York, ni el Curtis Institute, de Filadelfia, aventajan un ápice a la magnífica Escuela de Bloomington. En semejante medio, las reuniones tomaron en todo un nivel de alta envergadura. Como se deduce de lo anterior, tres actividades merecen comentario aparte en el programa de Bloomington; primeramente, las reuniones. Un grupo muy variado de compositores participó en discusiones en forma de seminario, destinadas a analizar los problemas que enfrenta el creador musical de nuestros días en un ambiente que no lo recibe con el interés ni la normalidad que reinan respecto de la literatura, el teatro y las artes plásticas. En cuatro reuniones se analizó prácticamente todo el panorama abarcable: las relaciones del compositor con el ejecutante; luego, la formación del compositor, sus estudios; en seguida, la básica cuestión de compositor y público; y, finalmente, el sostenimiento de la vida musical y el estímulo a sus actividades, si debe ser estatal o privado. Bien se comprende que semejante análisis era como para un mes de reuniones si algo positivo podía concluirse. En verdad, lo que hicimos fue lamentarnos en coro, y cada uno desde su punto de vista, acerca de lo que pasa... nadie está contento, ni puede estarlo en el campo de la composición, al cual ha llegado su hora de profunda crisis y de transformaciones insospechadas hasta hace poco, y que se debate en el océano adverso de la vida diaria musical, hecha museo del pasado y no palestra de la vida y de sus inevitables antagonismos. Abandonamos Bloomington con la convicción de que deberemos reunirnos de nuevo y procurar la unión, por lo menos, frente a poderosísimos factores negativos, principalmente al comercio, que lo distorsiona todo y frente al cual sólo quedan esas islas privilegiadas que son las universidades y las instituciones musicales ajenas al lucro, allí donde han podido establecerse.

De la reunión de etnomusicología se da cuenta en otro editorial, en este mismo número, por quien tuvo una brillante participación y dejó muy en alto el prestigio de Chile: Manuel Dannemann.

Los conciertos de Bloomington, tres en total, estuvieron dedicados a la música de cámara y excelentemente preparados. Como obras salientes citaría la "Fantasía" para piano, de Copland, interpretada en forma brillante,

por nuestro compatriota Alfonso Montecino; "Ocho por Radio", del mexicano Silvestre Revueltas en una versión impecable, dirigida por Tibor Kozma, director competentísimo de la Orquesta de Bloomington. De Gunther Schuller se presentó una buena Sonata para oboe y piano y en el mismo concierto, Juan Orrego Salas y el que esto firma, tuvimos la suerte de escuchar, él su magnífica "Sonata a Quattro", para flauta, oboe, contrabajo y clavecín, a cargo de los "Baroque Chamber Players", de la Universidad de Indiana, y yo, la serie íntegra de mis "Canciones de Primavera", por el maravilloso conjunto "Indiana University Chamber Singers", que dirige Hugh Johnson. En el concierto final las obras más relevantes fueron las "Cuatro piezas para Instrumentos de Viento", del peruano Enrique Pinilla, a cargo de la "Indiana University Wind Orchestra", dirigida por Arthur Corra; el "Cuarteto N° 1 para Cuerdas", del panameño Roque Cordero, en una ejecución impecable a cargo de jóvenes alumnos que nos dejó asombrados por su perfección y la conocida "Tocata", de Carlos Chavez, para percusión, a cargo de otro conjunto, el "Indiana University Percussion Ensemble".

Sin que estuviese en el programa mismo de los conciertos, nos fue dado, al llegar, asistir a una presentación de ópera, preparada por lo que en EE. UU. llaman "ópera Workshop", taller de ópera. Este "taller", es uno de los justos orgullos de Bloomington y ya un aporte internacionalmente reconocido al teatro lírico; varios de sus ex alumnos son hoy figuras relevantes de la ópera en Norteamérica y en Europa, sobre todo, en Alemania. Lo que presenciamos fue una magnífica versión del "Don Juan", de Mozart, cantado en inglés, cosa que escandalizará a los puristas, pero que se practica allí donde la ópera es tomada en serio y se la traduce (como la misa hoy día), al lenguaje de quien las oye, y adquieren, por eso mismo, vida. Cada sábado, entre octubre y mayo, se presenta una ópera en el teatro de la Universidad de Indiana; su conjunto acaba de obtener un resonante éxito en la Feria Mundial de Nueva York, con el "Turandot", de Puccini y anuncia para la temporada de octubre la repetición de dicha ópera más las siguientes: "Don Pasquale" (Donizetti), "La Flauta Mágica" (Mozart), "Macbeth" (Verdi), "El Diálogo de las Carmelitas" (Poulenc) y "Parsifal" (Wagner). Esta sola lista dice mejor que nada la envergadura de lo que se hace en Bloomington bajo la égida directa del Decano Bain y colaboradores, como los directores Tibor Kozma y Wolfgang Vacano (que estuvo en Chile un tiempo), y directores de escena como Hans Busch, hijo de nuestro recordado gran director Fritz Busch. El conjunto de ópera, más los que hemos aludido en esta reseña, constituyen una impresionante acción que destaca a la Universidad Indiana de un modo casi único.

Finalmente, y para no dilatar más esta reseña, debemos decir dos palabras de las reuniones del CIDEM que celebraba en Bloomington su IV Asamblea General Ordinaria y una Extraordinaria para reformar Estatutos.

Los organismos internacionales que se ocupan de la cultura en cualquiera de sus formas, son, evidentemente, los parientes pobres de las entidades a las cuales se arriman, en este caso, la OEA. Buenas intenciones, deseos generosos, proyectos de gran vuelo, todo esto, existe en abundancia. Lo que falta son los medios para trabajar y admitir que en lo que a música se refiere, no pueden concebirse esquemas políticos en los cuales las 21 repúblicas participen por igual: la música se halla en muy diversas etapas de desenvolvimiento

en nuestro mundo y por añadidura el campo anglo-sajón no siente igual necesidad de participar en esfuerzos comunes porque su caso histórico es otro, sus problemas frente al resto del mundo son también diferentes. Las reuniones de Bloomington designaron un Directorio que, en gran parte, continuó como estaba. Me correspondió el honor de ser reelegido Presidente junto a mis colegas Vicepresidentes, Lauro Ayestarán (Uruguay) y Luis Sandi (México) y Directores Harold Boxer (Estados Unidos), Arnold Walter (Canadá), Luis A. Escobar (Colombia) y Cludio Santoro (Brasil). Como Secretario General continúa, según los Estatutos actuales, el Jefe del Depto. de Música de la OEA, Guillermo Espinosa.

El CIDEM desarrollará una activa labor de relacionamiento y de estímulo a las actividades musicales. Como organismos entroncados a su acción quedaron los institutos especializados existentes: el de Educación Musical que en Chile dirige Cora Bindhoff y el de Documentación a cargo de Lauro Ayestarán, en Montevideo; en la última Asamblea General fue agregado el Instituto de Etnomusicología que encabeza George List, en Bloomington, Indiana. Con dichos organismos y las representaciones nacionales que se hicieron más fáciles de constituir a través de una reforma de estatutos, esperamos hacer del CIDEM una entidad activa que preste real utilidad a los países que se han incorporado a ella.

La actividad de Indiana fue seguida, como se dijo al comenzar este comentario, por el III Festival Interamericano de Música, celebrado en Washington. La crónica de sus conciertos está consignada en otra sección del presente número, de modo que nos referiremos únicamente a aspectos generales de este torneo artístico.

Desde luego, el que estos Festivales existan y que previo a ellos, aunque en forma bastante modesta, se hagan encargos de obras a compositores de este hemisferio, es altamente loable y, por ello, debe ser congratulado Guillermo Espinosa. Nada ni nadie le obliga a esta labor y lo que se realiza es resultado de su empeño y de la paciencia con que obtiene recursos casi por entero de procedencia privada. Esto es un hecho, pero, al lado de ello, hay otro innegable que hemos ya señalado en esta revista en ocasiones semejantes anteriores: un Festival en Washington, capital de los Estados Unidos, quieranlo o no sus organizadores, toma carácter oficial y compromete el buen nombre del país; que sea bien realizado, que sus manifestaciones sean artísticamente de primer orden, es algo que todo el mundo espera cuando se va a un país que posee las mejores orquestas y condiciones óptimas para todo lo musical.

Cuando no ocurre esto, y lo que es peor, cuando la selección de obras está influida por razones de evidente procedencia diplomática y cuando las autoridades y personeros del Gobierno brillan por su ausencia, chocan profundamente nuestros conceptos en orden a señalar deberes nacionales hacia la cultura y la teoría hasta ahora dominante en los Estados Unidos (ya bastante criticada allá mismo), de total prescindencia gubernativa. Si miramos el programa del último Festival, al igual que el de 1961, que comenzaba con un saludo firmado por la esposa del malogrado Presidente Kennedy, advertimos la firma autógrafa del actual mandatario reproducida al pie de una declaración encomiástica hacia el Festival. Hay, pues, un reconocimiento oficial y una comunicación a la que se agrega otra del Secretario General de la OEA. Esto hace que los esfuerzos de Guillermo Espinosa debieran estar

respaldados por algún departamento del Gobierno, que asegurara un desarrollo sin percances. Decirnos a los latinoamericanos que vamos a Washington que una obra, como ocurrió con la de León Schidlowky, no se puede ejecutar estando programada porque no hay dinero para pagar ensayos, es incomprensible en Washington y aún diría yo, es escandaloso. Cosa semejante ocurrió en el anterior Festival con un concierto íntegro de música brasilera. Si los Festivales han de continuar, esto debe hacerse con un financiamiento perfectamente claro y responsable y puestos a cubierto de tener que incluir composiciones por razones de cortesía a algún embajador deseoso de que su país figure, aun cuando no tenga méritos para ello. El Gobierno de los Estados Unidos no puede desentenderse del carácter que tiene el Festival y del hecho de que todo percance viene a la postre a ser imputado, no al organizador, sino que al país en cuya sede se realiza. No hay teorías que valgan en contra de ello y es de esperar que los músicos norteamericanos tomen seriamente la responsabilidad de un evento, en el que su país queda comprometido con el resto de América.

En el curso del Festival, que en general estuvo mejor organizado que los anteriores, se escucharon algunas obras de gran importancia, como por ejemplo el "Concerto a Tre", para violín, violoncello, piano y orquesta de Juan Orrego Salas; "Sinfonía de don Rodrigo", de Alberto Ginastera; el "Concierto para Violín y Orquesta", de Roque Cordero; el "Time Cycle", de Lukas Foss, etc., y en música de cámara el "Capricho para arpa y orquesta de cuerdas", de Walter Piston; las "Variaciones Elementales", para orquesta de cámara, del brasilero Edino Krieger; el "Cuarteto", de Eduardo Maturana; los "Tres Poemas de Rilke", de Pozzi Escot, del Perú, etc., es decir, hubo un nivel general elevado que no admitía segundos términos. Lamentable fue el incidente promovido por Lukas Foss al interpretar la obra "Laudes", de nuestro casi compatriota Celso Garrido (que figura tanto entre los compositores peruanos como entre los chilenos), un ataque de nervios que sería indecoroso en una prima-donna, interrumpió la obra a causa de la molestia que le producía al Director el aire acondicionado y se sentó en la tarima en una actitud infantil que mereció general censura y no tuvo la corrección artística de ejecutar todo desde un comienzo una vez que el enojo general lo obligo a sossegarse. Un director así, no debe participar en un festival internacional. Contrasta esto con la correcta actuación de los demás directores, Howard Mitchell, Guillermo Espinosa y nuestro compatriota Víctor Tevah, que se desempeñó con especial brillo.

Hacemos votos porque el Festival próximo, en el cual se anuncia ya la posibilidad de desplazarlo a alguna capital latinoamericana, no sufra contingencias molestas. En nuestros países, cuando hemos hecho festivales, hemos dado todas las facilidades que nuestros regimenes estatales permiten y eso asegura su entera corrección. La iniciativa de Guillermo Espinosa quedará así a salvo en el futuro.

D. S. C.